

EL MONTE NATIVO Y SUS GUARDIANES MILENARIOS

De pronto nada es igual. Donde creímos ver la ciega acción de la Naturaleza descubrimos la sabia interacción de seres vivos y sensibles. Enjambres, comunidades, colonias, casales e individuos son protagonistas necesarios que exhiben todos los colores imaginables y emiten toda la gama de sonidos inimitables.

Bien pensado, la única diferencia entre los humanos y los demás es la autoconciencia de los primeros sobre su participación en la música polifónica de la vida creada y recreada.

Desde luego, esta autoconciencia de la participación en el concierto del ecosistema se da sólo viviendo en comunidad y cuando todavía la mujer es regazo y nexo educador con la memoria colectiva. Cuando la alienación mercantil lleva al ser humano a acumular y cantar para sí, desafina y es el último en advertirlo. Fuera de la comunidad, él cree que es necesario arrancar los secretos a la Naturaleza que ha enmudecido para él, sin advertir que ha enmudecido sólo para él; y olvida que la única diferencia entre el milagro y la ley natural, la única diferencia, es la frecuencia.

Pero los que nacimos por fuera del concierto necesitamos maestros que nos enseñen a ver, y los maestros necesitan haber tenido maestras que las vinculen al pasado por los túneles de la memoria más antigua.

Entonces la selva y el monte empiezan por enseñarnos algo esencial: es más fácil destruir que reconstruir, y por ello el conservar es muy prudente.

Hay muchos reinos de seres vivos. Quizás aún no los conozcamos todos, o no los tengamos aún correctamente delimitados. Por eso más que hablar de escala evolutiva es mejor hablar de enredadera diversificadora. Y hay en esa enredadera dos zonas igualmente misteriosas y fascinantes: el origen de la vida y el nacimiento de la autoconciencia.

Una visión común a la Biblia y a las mitologías americanas es la ubicación de la Palabra en el origen y quizás deba entenderse este antiguo mensaje como una explicación del origen de la autoconciencia más que del origen del Universo o de la vida misma.

Nosotros somos los dueños de la palabra; así se autodefinen los guardianes milenarios del ecosistema americano. Esa afirmación hacer creer a los extranjeros que la comunidad es soberbia y orgullosa porque a esta frase se le atribuye erróneamente una sensación de superioridad ante otros seres humanos.

En realidad al definirse como los dueños de la palabra en su ecosistema hacen una constatación simple: su comunidad vive entre otros seres vivos igualmente valiosos, pero que hablan y dicen sin palabras. Los otros hablan con colores, con sonidos, con movimientos, pero no usan las palabras. Cuando los espíritus buenos se incorporan en ellos para darnos mensajes lo hacen con colores, sonidos, movimientos y olores, pero si quieren hablarnos con palabras deben introducirse en nuestros sueños, recurrir al médium o forzar al hermano loro, mensajero privilegiado, para que seleccione (de las palabras aprendidas mecánicamente) aquellas adecuadas al mensaje.

Para que entendamos los de afuera deberían agregar: somos los únicos dueños de la palabra en nuestro ecosistema. O hablarnos en lenguas como la guaraní, donde la existencia de dos pronombres personales diferentes para la primera persona del plural, (dos "nosotros" bien diferenciados entre sí) nos dan más adecuadamente la amplitud del universo abarcado al decir precisamente "nosotros" en cada ocasión.

En el comienzo estaban nuestros padres y nos dieron todo esto para que fuéramos sus guardianes.

Los mitos fundacionales condicionan el carácter de los herederos a la ley inviolable de la no dilapidación, y asignan a las comunidades más al título de guardianas que de poseedoras. Quizás los únicos dueños temporales, a quienes se les da sin exigir, son los niños más

pequeños. Pero todavía prendidos del pecho asisten a las reuniones nocturnas de fogón y cena, leyenda y ceremonial; y vaya uno a saber qué van sintiendo en ese círculo humano sin el cual la vida es impensable.

Con los viejos es diferente. El anciano por ley natural (y la ley natural es el milagro frecuente) siente su propio fin, se aproxima al mundo de los muertos y entonces sus mensajes se le hacen más audibles, al mismo tiempo que el murmullo de la vida alrededor se le hace menos audible. Los ancianos de estos últimos tiempos se vuelven más serios porque recogen memorias más antiguas que ellos mismos y entonces advierten que la tendencia a la muerte avanza, y la muerte no es personal (esa no existe) sino que es la muerte del legado que nuestros padres primigenios nos dejaron para cuidar. Como las mujeres son la memoria más viva, los espíritus buenos procuran hacerlas más longevas para que la barrera de resistencia a la muerte sea mejor iluminada por el mensaje y mejor energizada y bendecida por los espíritus a través de sus mediadoras más ilustres.

La ciudad está enferma, y la ciudad nos contagia. Así la selva y el monte mueren, así van a morir.

Y sin embargo nos reciben con respeto y cuando verifican nuestra inocencia nos siguen llamando hermanos. Por eso cantó Aníbal Sampayo:

Hermano indio, perdón te pido, yo bien lo sé:
Tu sangre y lágrimas aún son penas sin resolver

Y es que del contacto con los guardianes sobrevivientes uno se vuelve militante de la causa de la Naturaleza, pero como todo es tan urgente ellos nos enseñan que no debemos apresurarnos. Recogiendo el soplo amoroso de sus mensajes, y comprendiéndolo al fin gracias a los oficios traductores de la guitarra, Sampayo canta en otro fragmento de la misma composición:

Hermano viento: dame justicia, dame tu voz
Dame paciencia para sembrar por donde voy
Dame tu luz, yo sé que estás en cada flor
En cada espina y en cada pétalo de amor
Porque ha descubierto al fin la esencia y le dice al ecosistema:
Yo soy tu arcilla, tu artesanía, tu templo soy
Y en la estructura de tu más bella kuñataí
Veo tu mano creando un mundo de perfección
Pero cómo nos cuesta, hombres y enfermos de asfalto, entender el silbo del viento.

Los guardianes originarios de la Naturaleza, poseedores exclusivos de la palabra entre seres vivos igualmente valiosos, habían aprendido dos cosas más. La primera es que la muerte individual es parte inevitable del ciclo de la vida colectiva. La muerte no es muerte real cuando es muerte justificada. La segunda es que el contacto con los espíritus protectores no necesita de rituales reglamentados, aunque a veces sí de asesores experimentados. La ofrenda energiza, porque no toda la energía que necesita el espíritu que nos ronda viene de un dios. A veces la ofrenda actúa directamente, cuando con nuestro cuerpo en baile litúrgico o con el sonido rítmico del instrumento generamos ondas energéticas que lo fortalecen y lo aproximan. Otras veces la ofrenda es aroma o sabor que penetra por nuestros sentidos para fortalecer a nuestro propio espíritu (espíritu encarnado, por lo tanto vinculado a sabores y perfumes) y recién entonces, desde nuestro espíritu ofrendante viaja en onda energética al espíritu ofrendado.

Si los espíritus protectores con tanta frecuencia eligen a los pájaros para darnos mensajes, cuando quiero aproximarme a ellos con danza o canto me pinto de pájaro y me adorno con plumas de aves. Las plumas no son mi traje cotidiano: son mi sotana, son mi kipá. En mi lanza guían mi mano para defender a los míos, en mi maraca emplumada aceleran la incorporación buscada.

Hay otras cosas que no se aprenden: se sienten o no. A la hora de la Evangelización ningún guardián del paisaje aceptó que la salvación del alma pudiera pasar por una búsqueda individual de Dios. Salvarme sin mi comunidad es llegar al infierno, aunque allí esté el mismísimo Dios. Elevarme, desprenderme de mi Naturaleza, es castigo y no premio. El valle de lágrimas es la ausencia de los míos. Además no hay valles de lágrimas; los valles son demasiado hermosos.

El alucinógeno y el sexo ritual son también sagrados. Sólo se reprime la sexualidad en aquellas sociedades mercantiles que temen confundirse de herederos a la hora de distribuir herencias. Si la herencia a custodiar es de todos y la custodiamos entre todos, entonces cada niño es hijo mío y yo seré abuelo de todos algún día y más adelante canción del monte viajera en mis portadores nuevos. El alucinógeno sólo produce adicción en la sociedad que busca la ganancia y cuando ésta queda fuera del control comunitario.

Los guardianes de la Naturaleza te hacen ver de otra forma las cosas, De repente se te vuelve extraordinariamente difícil hablar de ellos como ellos y el nosotros se te atraviesa pertinaz: el nosotros inclusivo de los guaraníes, el ñandé que nos abraza y nos compromete a luchar contra el mal desarrollo. Entonces entendemos de una manera nueva aquel mensaje bíblico donde Jesús nos convoca a echar a latigazos a los mercaderes del templo.

Gonzalo Abella.